

Comentario

“Why don’t people appreciate the invisible hand? Reciprocity and the Welfare of Others”, Leda Cosmides and John Tooby

Leonidas Montes Lira

A fines del siglo XIX, en 1898, Thorstein Veblen escribió su famoso paper *Why is Economics not an Evolutionary Science?* Veblen, en el ocaso de la economía clásica, critica el equilibrio general de Walras y la tendencia a la que estaba dando origen la incipiente economía neoclásica. Argumenta que sin bien la economía podía describir ciertos fenómenos, no podía explicar algo que es inherente a cualquier ciencia social: el cambio. Así, se queja de la fragilidad de la economía al encontrarse “atrás de los tiempos al no ser evolucionaria” (Veblen, 1988, p. 373). Lo racional, nos propone Veblen, sería asumir que la economía es una ciencia evolucionaria. De paso, Veblen desliza una crítica sutil e irónica a una “mano guiada por un agencia espiritual” que nos conduciría al equilibrio. Pero la mano invisible de Adam Smith es algo más compleja. De hecho su sugerencia de la mano invisible como un proceso para alcanzar un equilibrio es errada.

Evidentemente la mano invisible de Adam Smith, que aparece tres veces en su obra, tiene múltiples interpretaciones. Leda Cosmides se concentra en la interpretación correcta. En el famoso pasaje del libro IV de la Riqueza de las Naciones, Smith escribe: “... él busca sólo su propio beneficio, y en éste como en muchos otros casos, es guiado por una mano invisible para promover un fin que no era parte de sus intenciones” (“...he intends only his own gain, and he is in this, as in many other cases, led by an invisible hand to promote an end which was not part of his intention”, WN IV.ii.9, p. 456). La clave de la mano invisible son las consecuencias no intencionadas que frecuentemente –

mientras existe competencia - son positivas. Pero nuestras acciones guiadas por la mano invisible no conducen a un fin o a un punto determinado. Este es el fenómeno del *human action, but not human design* que posteriormente Friedrich Hayek desarrolló. En los fenómenos sociales, que son complejos, existe incertidumbre y también cambio. Así, la mano invisible tiene un parentesco con la teoría de la evolución.

En la Riqueza de las Naciones (1776) de Adam Smith hay otros atisbos de lo que sería la teoría de la evolución. Por ejemplo, Smith analiza los diferentes estadios de la sociedad, desde cazadores y recolectores, pasando por pastores, para llegar a una sociedad agrícola y finalmente derivar en la sociedad comercial. Y a partir de este proceso de desarrollo social y económico, Smith explica la evolución de algunas instituciones como la propiedad privada y la justicia. Más aún, basta leer *The Descent of Man* para comprender la influencia de la Ilustración Escocesa, sobretodo de Hume y Smith, en el pensamiento de Darwin.

El diagnóstico de Veblen fue acertado. Y su preocupación se mantuvo vigente por más de cien años. La revolución marginal iniciada por Jevons con la aplicación del cálculo diferencial al concepto de utilidad marginal, así como el desarrollo de la teoría del equilibrio general de Walras tan en boga a mediados del siglo XX, dieron paso a una visión de la economía que ignoraba la teoría de la evolución. Detrás está la racionalidad económica representada por el vilipendiado y caricaturizado *homo economicus*. Finalmente los avances en psicología evolucionaria y en algunas ramas de la economía, como por ejemplo la economía experimental, han mostrado que el *rational choice* no es una descripción apropiada de la naturaleza humana. Sin lugar a dudas, dilucidar la mente para entender el comportamiento humano es uno de los avances más significativos para el desarrollo de las ciencias sociales. Y a mi juicio, el futuro avanza en esta dirección.

Leda Cosmides y John Tooby son los pioneros o *founding fathers* de la psicología evolucionaria. A partir de su influyente libro *The Adapted Mind* (1992) han desarrollado una nutrida y seminal agenda de investigación que

ha sido fuente de inspiración para todos aquellos interesados en la teoría de la evolución. La psicología evolucionaria busca descubrir, entender y mapear el diseño de la mente humana y así explorar las implicancias que estos hallazgos tienen para las ciencias sociales. La mente no es una tábula rasa, como suponía John Locke. Está diseñada por la selección natural desde nuestro pasado como cazadores y recolectores. Naturalmente hay incentivos y *free riding*, pero todo se explicaría por una larga historia evolucionaria que moldea nuestra mente. Aquí estaría la clave de nuestra conducta. Y de la moral como un set de reglas que definen nuestro comportamiento.

Sabemos que la acción colectiva gatilla motivaciones para castigar a los *free riders* (por ejemplo, en industrias donde algunas empresas no cumplen las reglas), pero no genera impulsos para recompensar a los que contribuyen o se portan bien (por ejemplo, las empresas que no contaminan, ver Price, Cosmides, Tooby 2002). Ampliando esta idea a la mano invisible, Leda Cosmides nos enfrenta al ejemplo del Presidente de una compañía que decide maximizar las utilidades de la empresa, independiente de si daña o ayuda al medio ambiente (Knobe, 2003). En relación a las eventuales externalidades de esta acción el daño ambiental genera rechazo y la mejora ambiental, indiferencia. Pero detrás de esta reacción a las externalidades positivas o negativas está la importancia de la intencionalidad. La preocupación (*caring*) y la reciprocidad o el intercambio son la base para entender este fenómeno. Por eso Cosmides contrasta el concepto de simpatía de Adam Smith con el de intercambio. El intercambio es la base del mercado impersonal. Pero en la intencionalidad y su percepción, hay una base personal, mental y evolutiva.

Es este contraste entre la simpatía – ponerse en los zapatos del otro y evaluar su situación - y el intercambio – un mercado de extraños - lo que nos ayudaría a explicar las reacciones frente a estas externalidades. Este es, por así llamarlo, el dilema moral de la mano invisible y sus consecuencias no intencionadas al cuál nos invita Leda Cosmides. ¿Cómo explicamos que, aunque se produzca un beneficio social, no exista agradecimiento o sentimiento alguno ante las externalidades positivas? Para resolver o explicar

este fenómeno, Cosmides desarrolla el *state of the art* en relación a las motivaciones. Y haciendo uso de las variables regulatorias internas computacionales usa el *Welfare Trade off Ratio* (WTR). Mientras mayor sea este ratio hacia alguien, o sea tu disposición a sacrificar más lo propio por el otro, significa que más lo valoras. Y el otro, a través de la simpatía, lo percibe y lo agradece.

Si la reciprocidad estándar como utilidad neta exige que mientras más obtengo de ti, más te doy, el caso de la WTR es diferente y más realista. Mientras más sacrifiques tu bienestar por el mío, más dispuesto estoy a sacrificarme por el tuyo. Se genera así una suerte de simpatía mutua, generada por los sentimientos. Por eso respondemos con rabia o enojo ante un bajo WTR y con gratitud ante un elevada WTR. Si no hay disposición hacia el otro, como en el caso del Presidente de la empresa que sólo se preocupa de maximizar las utilidades sin importarle las externalidades negativas, es una señal de bajo WTR que gatilla rabia y enojo. En el caso del Presidente de la empresa que, sin saberlo ni planearlo, termina ayudando a la comunidad, no hay información acerca del WTR. Y si no podemos saber si existe intencionalidad para ayudar, no hay gratitud. O sea, enfrentamos la dura realidad de que las consecuencias no intencionadas de la mano invisible no se agradecen. En términos filosóficos, existiría el utilitarismo de mercado que no se valora por sus resultados. Y por otro lado, en relación a nuestras máximas morales, una componente Kantiana relacionada a las motivaciones de una acción que se valora por las intenciones. Este contraste entre el utilitarismo del intercambio anónimo y el kantianismo de la intencionalidad es el fundamento filosófico detrás de este dilema.

Pese al desarrollo económico y social sin precedentes que nos ha traído la mano invisible, no valoramos sus consecuencias. Esta realidad es lo que explicaría la paradoja de la vida moderna a la cual Cosmides se refiere: si disfrutamos las ventajas del progreso, la economía de mercado nos abrumba. Quizá esto nos ayudaría a explicar por qué los chilenos estamos contentos con nuestras vidas privadas, pero no con la sociedad en la cual vivimos (me refiero al Informe sobre Desarrollo Humano en Chile 2012, PNUD).

Naturalmente, desde una perspectiva evolucionaria, esto se relaciona con el hecho de que nuestras mentes están equipadas con un set de reglas morales para interactuar con nuestro círculo más cercano (en la tradición de los estoicos, los círculos concéntricos de Hierocles, la simpatía marginalmente decreciente de Adam Smith o el número de Dunbar) y no con millones de personas anónimas (el intercambio en el mercado).

La influencia o concordancia de la Teoría de los Sentimientos Morales y su concepto de simpatía con esta tesis me parece sorprendente. Finalmente termino con una inquietud para un liberal más escéptico. Si la mente es lo mismo que el cerebro, dilucidar y mapear nuestros sentimientos nos conduciría a una especie de determinismo o reduccionismo moral. En otras palabras, si la mente es como una máquina de moler carne, ¿no sería este programa un sueño parecido al de Bentham cuando pretendía cuantificar las utilidades cardinales de los distintos sentimientos? No obstante, la teoría de la evolución y la psicología evolucionaria nos han permitido adentrarnos en la naturaleza humana y el funcionamiento de la mente para explicar nuestro comportamiento. Posiblemente Veblen estaría contento y satisfecho al ver, más cien años después, los avances que se han producido en estas materias.

Cosmides, L. et al. (1992) *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, edited by Jerome H. Barkow, Leda Cosmides and John Tooby, Oxford: Oxford University Press.

Knobe, J. (2003) "Intentional action and side effects in ordinary language", *Analysis*, volume 63, issue 279, pp. 190–194.

Price, M. E. et al. (2002) "Punitive sentiment as an anti-free rider psychological device", *Evolution and Human Behavior*, vol 26, pp. 279-287.

Smith, A. (1981 [1776]) *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, edited by Campbell, R. H. and Skinner, A. S., Indianapolis: Liberty Fund.

Veblen, T. (1898) "Why is economics not an evolutionary science?", *Quarterly Journal of Economics*, volume 12 ,issue 4, pp. 373-397.